

El urbanismo “antiurbano” maoísta en la China Popular 1949-1976

Frank Molano Camargo

Docente Universidad Distrital Francisco José de Caldas

El régimen maoísta chino (1949-1976) desarrolló un proyecto de urbanismo “antiurbano” que debe ser situado en el contexto internacional de la II posguerra. Ese periodo estuvo marcado por el proyecto global capitalista que en términos urbanos (soportado en la escuela urbana de los CIAM y Le Corbusier) consideró que la producción y la reproducción del capital requería trasladar millones de habitantes de las zonas rurales a ciudades expansivas y masificadas. En el mundo occidental Henry Lefebvre cuestionó esta lógica en su libro *El Derecho a la Ciudad*; en China se buscó materializar, como parte de la construcción socialista, un orden territorial que criticara la alienación, la segregación espacial y la injusticia urbana.

Aunque el proyecto maoísta tuvo variaciones y pugnas internas a lo largo del periodo mencionado, es interesante y valioso analizar sus presupuestos teóricos y sus limitaciones, pues constituyen hoy un referente para pensar las discusiones sobre el futuro de las ciudades en la actual sociedad capitalista neoliberal. En términos urbanísticos, el postulado fundamental del urbanismo “antiurbano” maoísta se inspiró en la visión del territorio expresada por C. Marx y F. Engels como la búsqueda de un doble equilibrio entre ciudad y campo y entre sociedad

y naturaleza. Los maoístas formularon la noción de “ciudades ruralizadas” y de “aldeas urbanizadas”, y el Partido Comunista Chino buscó maneras para evitar la migración de la población hacia las ciudades. Los intelectuales occidentales que comparten el mito de la ciudad como espacio civilizatorio cuestionan como despótica y reaccionaria la oposición maoísta a que la gente “disfrutara del aire liberador de la ciudad”. La apuesta iba más allá de mantener las diferencias entre el espacio moderno urbano y el campo prístino, bucólico y romántico. Se hizo un gigantesco esfuerzo por lograr el equilibrio rural-urbano en el territorio, evitando concentrar en las ciudades y en condiciones de precarización urbana a la población expulsada o salida de las áreas rurales. Para la década de 1960, ya eran evidentes tanto la guetización de poblaciones de bajos recursos en las ciudades imperialistas como la turgurización en Asia, África y América Latina.

En otra vía se trataba de hacer de los territorios urbano-rurales espacios políticos de movilización popular y autosuficiencia económica. La instalación de pequeñas y medianas industrias en pequeños poblados se orientaba a una mecanización de baja intensidad y con alta participación de fuerza de trabajo colectivo en la agricultura. Los maoístas desarrollaron una estrategia antiurbana con tres rasgos distintivos:

En primer lugar, socializar y devolver a las zonas rurales una buena parte de la renta nacional mediante la creación de ciudades medianas con equipamientos básicos (200.000 a 500.000 habitantes), fuertemente vinculadas a la actividad comunitaria y económica rural. Paradójicamente hoy, en pleno siglo XXI, urbanistas europeos y sectores sociales despliegan la tendencia de retorno a la vida en las ciudades medianas como sinónimo de buena vida urbana.

En segundo lugar, restringir las grandes ciudades (población <500.000 hab.) concentradas en las zonas costeras. Se modificó el modelo soviético de “ciudad sputnik”, con un radio de 30-35 kilómetros del centro de la ciudad, amplias zonas verdes, servicios



https://avaaz.org/es/climate_march_report_back_loo/

Dartmoor, Reino Unido

El urbanismo “antiurbano” maoísta iba más allá de mantener las diferencias entre el espacio moderno urbano y el campo prístino, bucólico y romántico. Se hizo un gigantesco esfuerzo por lograr el equilibrio rural-urbano en el territorio, evitando concentrar en las ciudades y en condiciones de precarización urbana a la población expulsada o salida de las áreas rurales. Para la década de 1960 ya eran evidentes tanto la guetización de poblaciones de bajos recursos en las ciudadelas imperialistas como la tugurización en Asia, África y América Latina.

para la recreación y el ocio creativo y zonas de mercados, industrias y servicios sociales colectivos en grandes superficies.

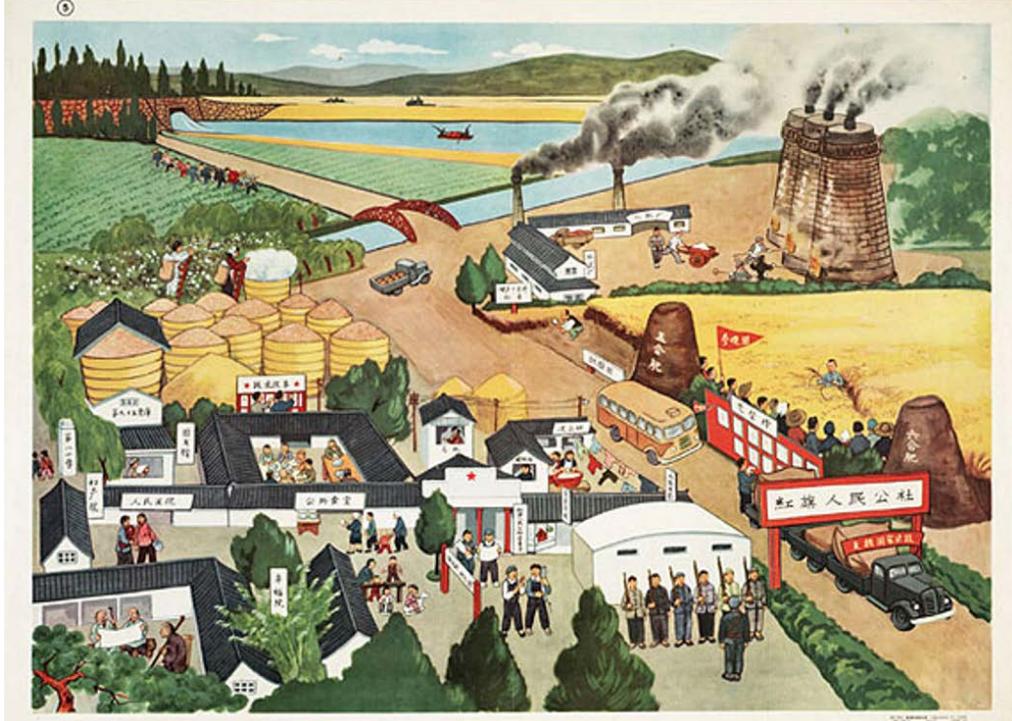
En tercer lugar, se controló el crecimiento poblacional urbano, reduciendo el éxodo rural y reurbanizando antiguas ciudades de las regiones interiores. Además, se aplicaron estrictas medidas de planificación familiar en las zonas urbanas.

El territorio fue organizado como una red de círculos concéntricos en cuyo centro estaba la administración pública, rodeado de barrios residenciales, con equipamientos urbanos confortables, sin hacinamiento ni desigualdad espacial y social. Luego, un círculo de zonas verdes (*xian*), dedicado a la recreación, la agricultura y/o la ganadería. En el círculo exterior estaban los corredores industriales, separados a su vez por amplias franjas verdes de reserva forestal y natural de otros conjuntos de anillos concéntricos. La idea además era que ningún trabajador estuviera a más de 2 kilómetros de su trabajo, para que pudiera trasladarse en formas de

transporte colectivo o mediante el uso de la bicicleta, o si lo prefería caminando. Un dinámico metabolismo sociedad-naturaleza se desarrolló entonces. La zona urbana obtenía los productos de la agricultura y la ganadería, así como el agua y los recursos energéticos, pero no recibía a cambio, como actualmente ocurre en las ciudades capitalistas, los desechos y residuos contaminantes. El reciclaje de las “tres basuras” *San fei*, (sólidas, líquidas y gaseosas) fue desarrollado a gran escala y, en lugar de los abonos químicos, promovidos por el discurso de la “revolución verde” en el mundo capitalista, cada ciudad ruralizada convertía parte de sus desechos y excrementos en compost para la agricultura¹.

Al iniciar la década de 1960 se desplegó el movimiento de las *Comunas Populares*, una propuesta a gran escala de territorios

1 Chunjuan, Nancy and Darryl E. Brock (Eds.). *Mr Science and Chairman Mao's Cultural Revolution. Science and technology in modern China*. Maryland: The Rowman & Littlefield Publishing Group Inc. 2013.



armónicos autosuficientes e integrados entre sí, inspiradas en la experiencia de la Comuna de París de 1871. Los municipios y ciudades dentro del territorio de la Comuna eran unidades de producción agrícola e industrial y órganos de poder popular, con una intensa vida colectiva y formación política y militar. La Comuna buscaba descentralizar el poder burocrático del Estado, colectivizar la propiedad de la tierra, la vivienda, los recursos. Solo unos cuantos animales eran propiedad privada. De las viviendas familiares desaparecieron la cocina y el lavadero, espacios naturalizados, y en su lugar surgieron cocinas y lavaderos colectivos en las que hombres y mujeres abastecían de alimentos y aseaban la ropa de los comuneros. Se generalizaron las guarderías infantiles y la escolaridad obligatoria. El supuesto implícito era liberar a la población —principalmente a las mujeres— de prácticas cotidianas que restringían su participación en la vida comunitaria: política, militar, laboral, cultural.

Estas tendencias se profundizaron en los tormentosos años de la *Revolución Cultural*. La Comuna se asumió como la vía de transición del socialismo al comunismo. En ese periodo se profundizó el antiurbanismo. Muchas universidades de las grandes ciudades fueron cerradas y se construyeron universidades rurales o de montaña. Se quería borrar la diferencia entre trabajo intelectual y trabajo manual. Se incrementó el desprecio por los intelectuales, artistas, académicos, periodistas urbanos que debieron pasar temporadas en las comunas populares para reeducarse. Se incentivó una valorización del saber popular, los *médicos descalzos* son un ejemplo de esto: batallones de campesinos que articulaban la medicina tradicional, como la acupuntura, con lo que aprendían de la medicina occidental.

Aparecieron también los *filósofos descalzos*: todos podemos ser filósofos. La intelectualidad y la cultivada academia occidental, se ofendió con este postulado y lo ridiculizó. Un cartero, *filósofo descalzo*,



Teng Siao Ping y sus seguidores abrieron la puerta a la inversión extranjera en las zonas económicas especiales, expulsaron millones de campesinos hacia las grandes ciudades costeras, socavaron la red territorial de comunas populares y promovieron como nuevos amos del territorio los grandes centros urbanos, conectados entre sí por nuevas y sofisticadas redes infraestructurales, que hoy segregan a las zonas rurales y a las ciudades intermedias. El geógrafo chino Him Chung las denomina “paredes invisibles” para la población rural.

dejó constancia de su reflexión filosófica y su pretensión de pensar, sentir y actuar acorde a los postulados del maoísmo: aplicar la dialéctica, servir al pueblo, revolucionarizar las masas. Como dialéctico tenía el reto de convertir las cartas muertas, aquellas que no llegan a su destinatario, en cartas vivas. Como funcionario de la sociedad socialista debía servir al pueblo, y no así mismo, y hacer que la carta que alguien del pueblo había escrito, por alguna necesidad política, pasional, social o económica, llegara a su destino. Además debía demostrarse a sí mismo, y a los demás carteros y funcionarios de las comunas populares, que las “masas hacen la historia”. Este filósofo descalzo diseñó una metodología para convertir cartas muertas en vivas, analizando los errores en las direcciones o en los nombres de los destinatarios y logró transformar muchos objetos (las cartas) en su contrario.

No obstante el urbanismo antiurbano maoísta enfrentó un conjunto de dificultades y contradicciones internas que lo

llevaron a la derrota. De una parte la línea modernizadora burguesa en el seno del Partido Comunista, contraria al modelo de equilibrio urbano-rural, exigía la aplicación del urbanismo occidental y la gradual difusión de los valores de la sociedad de consumo, incluidos los medios de comunicación occidental y el ideal del confort de la vida en las grandes ciudades capitalistas. De otra parte, los maoístas no pudieron ser dialécticos en tratar varias contradicciones, exagerar el colectivismo, frente a las necesidades de individualidad; asumir todo lo extranjero como “demonio occidental”. La lucha interna se resolvió a mediados de la década de 1970 a favor del proyecto de restauración capitalista, bajo el lema de “socialismo de mercado” impulsado por Teng Siao Ping.

Teng y sus seguidores abrieron la puerta a la inversión extranjera en las zonas económicas especiales, expulsaron millones de campesinos hacia las grandes ciudades costeras, socavaron la red territorial de comunas populares y promovieron como nuevos



amos del territorio los grandes centros urbanos, conectados entre sí por nuevas y sofisticadas redes infraestructurales, que hoy segregan a las zonas rurales y a las ciudades intermedias. El geógrafo chino Him Chung las denomina “paredes invisibles” para la población rural². El culto a la gran ciudad y al consumo en el socialismo de mercado caracteriza el nuevo orden territorial post-maoísta. Se trata de un urbanismo dislocado y fragmentado, paraíso para la inversión capitalista. Las grandes ciudades chinas viven desde 1990 una ola de demoliciones de la mano de nuevos especuladores inmobiliarios. En Pekín, hoy ciudad espectáculo, las barriadas populares de la zona céntrica construidas en tiempo maoísta, fueron destruidas para dar paso a una infraestructura turística gigante y ostentosa. En la ciudad costera de Dongguan (Cantón) está el centro comercial más grande del mundo, el

South China Mall, con 660.300 m², mezcla de dos ideas occidentales: parque temático y centro comercial. En su interior ofrece al comprador compulsivo zonas de bosque húmedo, partes de San Francisco (EE.UU.), del Caribe, de los Campos Elíseos y de la ciudad de Venecia.

Aunque el contraste es grande sobreviven herencias territoriales del urbanismo “antiurbano” maoísta en comunidades que se han vuelto a organizar en comunas populares para hacer frente a problemas de seguridad alimentaria que enfrentan poblaciones actuales. Revisitar el urbanismo maoísta chino, sus limitaciones, contradicciones y, sobre todo, sus tremendas potencialidades, sigue siendo un ejercicio fundamental para pensar y discutir sobre la vida en la ciudad, el derecho a la ciudad y los proyectos urbanísticos contemporáneos.



2 Chung, Him. “Some socio-economic impacts of toll roads in rural China”. *Journal of Transport Geography*. 10: 145-156. 2002